

CUANDO LLEGUE LA PRIMAVERA

“Vamos, mi amor, es hora de despertarse”, grita María de manera cariñosa desde la cocina, mientras termina de preparar con esmero el desayuno.

Sus manos temblorosas sostienen la bandeja mientras camina a lo largo del pasillo, a la vez que sus hombros chocan ligeramente a un lado y otro de la pared, lo cual sirve de apoyo a su inestable marcha. Aquellos roces continuos habían ennegrecido ligeramente el papel pintado, de la misma manera que su forma de arrastrar los pies seguía desgastando el parquet que llevaba bajo sus pies más de medio siglo. El pelo recogido en un moño despeinado, la bata de paño abrochada en la cintura, las desgastadas zapatillas que albergan unos pies amoratados y fríos.

“Vamos, no seas perezoso”, repite mientras sonrío, dejando sobre la mesilla de noche la desgastada bandeja. “Hoy te he hecho unas magdalenas”.

Mientras parte en trocitos los jugosos dulces, María le va contando las novedades del día. “Ha venido Josefa a traerme el pan, que dice que su hija hace un mes que no la llama ni viene a verla...”. Una vez ha terminado de mezclar las magdalenas con la leche, comienza a acercárselas a la boca con mimo, con una pequeña cuchara. “Y ya le digo yo, que con los críos y demás, no tendrá tiempo la mujer para mucho...”

Le recoloca el paño bajo la barbilla y limpia con delicadeza el hilo de café que se desliza por sus comisuras. “¿Ves? Algo bueno tenía que traernos el no tener hijos. Al menos nos ahorramos esos quebraderos de cabeza”.

Y, sin apenas darse cuenta, su mente viaja muchos, muchos años atrás, cuando apenas son una pareja de recién casados. Y vuelve a vivir con angustia el

momento en el que, cada mes, la menstruación no faltaba a su cita para recordarle que, una vez más, su deseo de ser madre se veía frustrado. Y vuelve a sentir la calidez de los abrazos de él, pidiéndole paciencia, sonriendo, limpiando con sus dedos las lágrimas que resbalan por sus mejillas. “Llegará, ya lo verás... Solo es cuestión de seguir intentándolo”.

Pero el embarazo nunca llegó. Ni un simple retraso que le diese la más mínima esperanza. Docenas de patucos tejidos por ella misma aguardaron durante años en el cajón de la cómoda. Pero jamás vieron la luz. Y en esa misma oscuridad se sumieron todas sus ilusiones de ser madre.

María era hija única y había crecido sin madre. Su padre padeció una enfermedad que a duras penas le permitió llegar al día de la boda de su hija. Ramón había sido criado en un orfanato, que había abandonado a los catorce años, en cuanto encontró su primer empleo.

Habían dedicado su vida el uno al otro, entregándose todo su amor y todo su tiempo.

Ramón comienza a toser, devolviendo de nuevo a la mujer a aquella habitación. “Tranquilo, tranquilo...”, le dice con ternura, mientras da pequeños golpecitos en su espalda. “Ya está, ya pasó”.

Y piensa en las palabras que acababa de decirle su vecina Josefa, antes de marcharse. Esas que nunca le contará a su marido. “María, piénsalo bien. Ya es hora de que le busques a Ramón un sitio donde puedan cuidarle como necesita. Mírate... Ya estás mayor tú también. No tienes ni edad ni fuerza para seguir con esta situación”.

Pero su vecina se equivoca. Ella puede cuidar perfectamente de su esposo. Le hubiera dicho “anda, pasa y le ves”, para que se diera cuenta del cuidado tan

meticuloso que le profesa. “Busca, busca. No tiene ni una sola úlcera por estar en la cama”, le diría. Pero María permanece en silencio. Cierra los ojos y parece que asiente, aunque lo que más desea es que la mujer se calle. Le tiene mucho cariño a su vecina, en realidad es la única persona de la que recibe cierto apoyo, pero escuchar eso le desagrada muchísimo. Josefa es unos quince años más joven que ella. Enviudó a los cincuenta, y desde entonces vive sola, en el piso de abajo. Todos los días le sube el pan, y una vez a la semana le hace la compra en el supermercado. María se lo agradece de verdad, porque con eso consigue que Ramón no se quede solo en ningún momento. A cambio, siempre tiene detalles con ella: ahora un bizcocho, mañana una lasaña, pasado un caldo de cocido...

Sin embargo, desde que Josefa ha comenzado a insistir tanto en la idea de que Ramón necesita una residencia para mayores, sus ojos no la miran igual. “En realidad lo que siente es envidia, porque yo aún tengo a mi Ramón y a ella se le fue su Miguel”.

Los días transcurren de manera parecida. Da igual si es lunes, viernes o domingo.

María se levanta temprano, mucho antes de que amanezca. Le gusta tener su casa arreglada antes de despertar a su esposo. Y aunque el piso es pequeño, le lleva un buen rato adecentarlo, pues trabaja con la lentitud propia de su edad. Aunque le parece mentira la rapidez con la que pasa la vida, en unos meses cumplirá ochenta y cinco y hay días en los que las piernas no le sostienen como deberían.

Después prepara la comida. Y cuando dan las diez en el reloj, el desayuno está listo.

Luego procede al aseo de su marido, una labor complicada para una sola persona. “No tengo prisa”, piensa para sus adentros. Cada tres días toca afeitado. Cada cuatro, lavado de cabello. Sigue rigurosamente la planificación, jamás un olvido.

Cada dos meses, el enfermero del Centro de Salud visita su casa para tomarle la tensión, aunque María sabe que esa es la excusa para echarle un vistazo, ya que no es hipertenso. Ese día, se esmera más si cabe para que el aseo quede perfecto. “Hoy más colonia, Ramón, que esta tarde viene Rafa”.

Rafa siempre se encuentra con un café sobre la mesa, con leche sin lactosa, que María compra exclusivamente para él. Junto a la taza, siempre unas pastas, galletas, barquillos... “Ay, María... hay que ver cómo me cuida usted”.

Hablan largo rato. Sobre Ramón, sobre si hará frío o calor, de la guerra de Ucrania, de la subida de los precios... pero sobre todo hablan de ella. De cómo lleva la carga del cuidado. De qué necesita. De cómo se siente. “Yo estoy bien, mientras él esté bien”. El enfermero mueve la cabeza de un lado a otro. “Eso no me sirve, María. Este trabajo es agotador”. Pero ella sube los hombros, ladea la cabeza y sonrío, a la vez que se ruboriza. “De verdad, estoy bien”.

Teme que el enfermero comience con el mismo cuento de su vecina. El de la residencia y todo eso. Por suerte no es así. Antes de irse, Rafa vuelve a prestarle su ayuda. “Ya sabe dónde estamos, si necesita algo, no lo dude. De no requerir una visita previa, volveré cuando llegue la primavera”.

Después del aseo, María se sienta junto a su esposo y lee poesía en voz alta. Sabe que a él le gusta que lo haga. En cuanto ella sostiene el libro entre sus

manos, Ramón cierra los ojos y parece relajarse. “Desde la dulce mañana de aquel día éramos novios’. ¿Recuerdas cuando nos hicimos novios, Ramón?” Y mientras continúa con la lectura, su mente viaja, una vez más, al momento en el que su marido se presentó en casa de sus padres para pedirles permiso para salir con ella. “Qué tiempos aquellos, ¡cuánto hemos cambiado...!” No puede evitar suspirar con tristeza. “Pero no cambiaría ni un solo instante de lo vivido contigo. Ni uno”.

Los días del frío invierno continúan, todos iguales. Pero aquel domingo, hay algo diferente.

Cuando María va a despertar a su esposo, él ya aguarda con los ojos abiertos. Abre la boca para desayunar. Le coge la mano y pareciera que de entre sus labios resecos quisieran salir las palabras.

Ese día Ramón no cierra los ojos mientras la mujer lee. Su mirada se posa fijamente en ella, mientras respira despacio.

Cuando suena el timbre de la puerta, el hombre se sobresalta como hacía años que no ocurría.

Josefa pasa a la casa, dejando el paraguas en el fregadero. “Cómo llueve, chica... Hace mucha falta, pero qué...” se interrumpe al ver la cara de María.

“¿Qué te pasa? ¿Por qué estás así?”

“Ven, siéntate... Ha ocurrido algo muy grande”. Acompaña a su vecina hasta el sofá y comienza a narrarle, lo más fielmente posible, los cambios que ha notado en su marido.

“¿Que te ha hablado, dices?” inquiera, sorprendida.

“No, no, hablar no... Pero parecía que quería hablarme”.

Josefa arruga la boca en una mueca mientras mira hacia arriba.

“¿Y no será que te ha parecido?”, pregunta con cierto temor.

María no responde. Está totalmente segura de lo que está diciendo.

“El médico nos dijo que, en ciertos casos, no se sabe muy bien por qué, la enfermedad detiene su avance”, se justificaba ella. “Mira, ven a verle. Y dime si a ti no te parece que está mejor”.

Josefa enarca las cejas y sube los hombros. En realidad le cuesta mucho creer a su vecina, pero decide acompañarla.

Caminan las dos a lo largo del pasillo. María pasa a la habitación, Josefa espera fuera. Sale a los pocos segundos.

“Vaya, se ha dormido” se lamenta.

“No te preocupes, María. Déjale descansar. Ya pasaré a verle”, dice pasándole una mano por el hombro a su vecina. “Aprovecha y descansa tú también. Cada día estás más desmejorada. Como te vengo diciendo desde hace semanas, creo que...”

“Sí”, la interrumpe María. “Lo mejor es que descanse un rato. Muchas gracias por el pan”. Y sin mediar más palabra, acompaña a la mujer hasta la entrada, casi empujándola. Cuando cierra la puerta tras de sí, una sensación de tranquilidad se apodera de ella. “Que me lo habrá parecido, dice”, comenta en voz alta. “Si lo sabré yo”.

El lunes amanece igual de nublado que el día anterior. Son días grises en los que María nota que su ánimo no es igual que cuando sale el sol. Sin embargo, ese lunes se levanta con más energía, nota cierta felicidad que sabe muy bien a qué se debe. Limpia su casa con energía, y prepara unos panecillos de leche para el desayuno que sabe que son los favoritos de su marido.

Entra en la habitación con la ilusión de una niña el Día de Reyes. Ramón está despierto y le sonrío cuando la ve aparecer. “No fue un sueño”, piensa para sus adentros. “La mejoría es real”.

María le habla más animada que nunca. No hay ninguna novedad destacable, pero tiene la sensación de que hoy Ramón la escucha con más atención.

Cuando termina de darle el desayuno y se dispone a llevarse la bandeja, la mano de Ramón le agarra de la falda. Se queda paralizada. La bandeja cae al suelo cubriendo todo de cristales. Cuando se gira, siente la mirada de él clavada en la suya, y de sus labios temblorosos parece brotar un “gracias”.

María se sienta en la cama junto a su esposo, con los ojos inundados por las lágrimas. Deja caer su cuerpo hacia el de él, y le abraza como no lo había hecho desde hacía años.

En ese momento, suena el timbre de la puerta. María se seca las lágrimas con el delantal y se apresura a abrir. Pero cuando se asoma por la mirilla ve a su vecina Josefa. Recuerda sus palabras del día anterior, y del anterior a ese, y decide no abrir. No quiere volver a oír lo desmejorada que está, lo mayor que es, lo que necesita que alguien cuide a su marido. Escucha cómo su vecina la llama a voces, pero no contesta. Hoy no quiere oírla. Hoy es un día muy feliz, el más feliz de los últimos cinco años.

Por la tarde, Josefa vuelve a insistir. Está preocupada, sabe que su vecina nunca sale de casa. Algo se remueve en el corazón de María y finalmente abre la puerta.

“¿Dónde estabas? Me tenías muy preocupada”.

“Esta mañana me apeteció salir a dar una vuelta”, responde sin mirarla a los ojos.

“¿Tú sola? ¡Me hubieras llamado, mujer! Yo te hubiera acompañado de buena gana”.

“Ya... Te lo agradezco mucho”.

“Toma, aquí tienes el pan”.

“Mira, Josefa...” le dice con cierto titubeo. “El paseo de esta mañana me ha sentado muy bien...” continúa, con una sonrisa tímida. “He pensado que voy a salir de casa cada día, tomar el aire fresco me ha sabido a gloria. Ramón no se levanta de la cama, y yo no voy a entretenerme mucho”.

“Me parece muy bien, María, claro que sí. Pero avísame, mujer, no vayas tú sola”.

“De verdad que no es necesario...” responde, agachando la cabeza. Coge aire bien profundo y entonces continúa. “Creo que ya no hace falta que me sigas comprando el pan... Ya que voy a salir cada día, lo haré yo misma”. Dicha la frase, respira aliviada.

Josefa no entiende muy bien ese cambio repentino en su vecina, pero asiente mientras se da la vuelta para volver a su casa. “Mira que estás rara últimamente”, dice mientras se despide.

La mejoría de Ramón continúa. En una semana, es capaz de comer por sí solo, y en un mes puede levantarse de la cama con ayuda. “Mis oraciones han sido al fin escuchadas”, repite cada día su mujer.

Ha comenzado a hablar, al principio con balbuceos, luego con frases cortas, y finalmente es capaz de mantener una conversación con su mujer, aunque pasado un rato se siente un poco fatigado.

Josefa llama a la puerta de vez en cuando, para interesarse por su vecina. La mayoría de las veces María no abre, pero siente cierta lástima ante su insistencia y de vez en cuando se ve obligada a abrirle. A través de la puerta entreabierta le cuenta que están bien, que Ramón está mucho mejor, que no debe preocuparse. Cada viernes Josefa le sigue haciendo la compra en el supermercado, pero hace semanas que se la deja en el rellano de la puerta y no llega a entrar. Unas veces porque está el suelo recién fregado. Otras, porque María está en pleno cambio de pañal de Ramón, y alguna porque a su vecina le duele la cabeza y no tiene ganas de charlar. Josefa se marcha triste, nota que su relación ha cambiado y le da mucha pena la soledad en la que está sumida su vecina, prácticamente la misma en la que vive ella, con el agravante de que María no tiene hijos ni nietos y sí un marido enfermo al que cuidar.

Nota que María está cada vez más despistada, más mayor... La semana pasada pretendía pagarle la compra semanal con un billete de cinco euros. Algunas veces le pide siete kilos de arroz y otras apenas cien gramos de pollo. Menos mal que Josefa lleva muchos años haciendo la compra y sabe más o menos las cantidades que consumen. Pero no por ello deja de darle pena su vecina, tan mayor y tan sola.

María no sale a la calle, tal y como le cuenta a su vecina, y a veces se siente mal por mentirle. Elabora en casa su propio pan, que le dura tres o cuatro días. Le cuesta mucho seguir la receta al pie de la letra. A veces se le olvida la levadura, otras la sal... Así que el pan a veces no sale como debería. "Hay que ver, cómo se nota ya la edad", piensa mientras sonrío. Pero no está dispuesta a dejar solo a Ramón, que a pesar de su mejoría aún la necesita mucho. Hacía años que había abandonado el lecho conyugal, para que su marido durmiese tranquilo y

sin ninguna molestia, pero ha decidido que esa misma noche volverán a dormir juntos en la cama de matrimonio. Se abraza a él con fuerza, como si quisiera retener ese momento entre sus dedos. Hace muchos, muchos años que no se sentía tan feliz. Desde hace semanas ya no le duele nada.

Veintiuno de marzo, comienza la primavera. “Hoy viene Rafa”, se dice a sí misma nada más despertarse.

Así que ese día se esmera más que ningún otro para que todo esté perfecto. “Cuando vea a Ramón, no se lo va a creer”, repite constantemente en su cabeza. Cuando se dispone a elaborar unas pastas, se da cuenta de que ha olvidado la receta. Busca sin éxito por toda la cocina el cuaderno donde la tenía apuntada. “No puede ser. Hoy precisamente no”.

Finalmente decide que le servirá unas galletas compradas junto con el café. “¿O era Cola-Cao?” No es capaz de recordar lo que tomaba el enfermero. “Bueno, tendré listas las dos cosas y que él elija”.

Ayuda a su marido a acicalarse, le ayuda a ponerse ropa nueva. “Hoy tienes que estar impecable. A Rafa le va a dar algo cuando te vea”, dice sonriendo mientras le coloca el cuello de la camisa.

Y recuerda cómo estaba Ramón la última vez que el enfermero visitó su casa. Era una persona que vivía en una cama, apenas se movía, pasaba el día entero durmiendo, comía a duras penas, no mediaba palabra y parecía deteriorarse cada vez más. Llevaba más de diez años en aquella situación, después de que fuese diagnosticado de una enfermedad neurodegenerativa, la famosa y odiosa ELA. “Los médicos también se equivocan”, era la conclusión a la que había llegado en los últimos meses. Cuando su marido comenzó a tener debilidad en

las manos y en las piernas, pensaron que se trataba de hernias discales. Llevaba varios meses tropezando con los bordes de las alfombras, y algunas veces tartamudeaba. Tras esos síntomas comenzaron los calambres, y luego una dificultad evidente para hablar. En apenas unos meses, Ramón no era el mismo. Había pasado de ser un hombre con una fortaleza de hierro, a una debilidad absoluta. Cualquier virus que María padecía de forma leve, a él le producía una neumonía en ambos pulmones, con su consecuente dificultad para respirar. Noches y noches en vela a su lado, observando simplemente cómo su pecho subía y bajaba. Amaneceres en los que su pensamiento repetía una y otra vez las palabras del médico el día del diagnóstico, una vez que Ramón había salido de la consulta. “Por desgracia, esta enfermedad no tiene cura. Puede vivir tres años más, cinco... Algunos pacientes con mucha suerte viven hasta diez... Pero más de eso es muy, muy raro. Y lo peor de todo, es que cada día irá a peor”.

Ramón llevaba más de quince años desde el comienzo de los síntomas, lo cual hacía dudar mucho a su esposa de la palabra de los médicos. “Los milagros existen”, pensaba a menudo.

Cuando sonó el timbre de la puerta, su corazón comenzó a latir a un ritmo muy acelerado.

“¿Estás listo?”, le preguntó a su marido. “Tú vete para la habitación, que parezca que todo sigue igual”.

Ella se acercó a la puerta con ritmo tembloroso. Le tenía mucho cariño a Rafa, llevaba años visitando su casa, y sabía que se alegraría de lo que había pasado. Cuando abrió la puerta, con la más amplia de sus sonrisas, pudo ver el gesto de desagrado del enfermero.

“Pero María, ¿cómo que está tan descuidada? ¿Y a qué huele aquí?”

“¿Cómo...?” No entendía muy bien lo que le estaba diciendo el hombre. Se había puesto su mejor vestido para la ocasión, el más nuevo que tenía. Miró entonces hacia abajo y le sorprendió lo que sus ojos vislumbraron: su indumentaria era una bata llena de suciedad y unas zapatillas raídas y ennegrecidas. No podía ser, esa no era ella. Se giró para mirarse al espejo, y descubrió a una anciana muy delgada, despeinada y vestida con harapos. Esta imagen la dejó sin respiración.

Vio cómo el enfermero utilizaba su bufanda para cubrirse la nariz, mientras miraba a un lado y al otro para intentar descubrir de dónde provenía ese olor tan fétido.

Observó cómo abría el frigorífico. Las verduras y frutas estaban enmohecidas, y había varias bandejas con carne podrida. Olía mal, era cierto, pero no era aquel el origen de tan nauseabundo hedor.

Siguió buscando, seguido muy de cerca por María. Cuando entró en la habitación, se detuvo en seco ante semejante escena. Se volvió hacia María, que le miraba con los ojos desorbitados. Ramón, el que fuera su paciente durante más de veinte años, reposaba en la cama. Su avanzado estado de descomposición apenas permitía reconocerle. Junto a su cuerpo se intuía un hundimiento en el viejo colchón del que asomaban los muelles, un ligero hoyo junto a mantas y paños raídos. Mudo ante la visión que tenía delante, se apoyó en el quicio de la puerta, temiendo desplomarse allí mismo.

Le habría dicho algo a María, de no haber sido porque la impresión no le permitía mediar palabra.

De no haber sido porque aquella mujer había perdido totalmente la cabeza.

De no haber sido porque llevaba dos meses cuidando al cadáver de su marido.

FIN